

despidiendo del caballero Sr. Angelini, nuestro cónsul en esta ciudad de los mártires, que amable y fino, servicial y atento, estuvo siempre con todos nosotros, y con nuestros demás compañeros de viaje que quedaban en esse lugar, sin serles dado acompañarnos. ¡Qué les diríamos, qué sentiríamos al abandonarlos, con la incertidumbre de si nos volveríamos á ver? ¡Oh! en esos momentos y en estos viajes, se engendra cierto cariño en todos los que se acompañan, una misma familia vienen á formar, unos mismos sentimientos los animan, unos mismos deseos tienen todos, y casi puede decirse que todos piensan una misma cosa; así es, que al separarse de estas lejanas tierras, sentíamos un vivo pesar y una gran pena por no poder acompañarnos y separarnos por de pronto; así es que lo que nos pareció prudente á algunos, fué no despedirnos sino que después de hablar con ellos un poco, nos confundimos con la multitud que era alguna en estos momentos, y cuando ya era cercana la hora nos fuimos colocando en los wagones, pues así era menos la pena y se disminuiría el pesar.

La hora era llegada; el reloj de la esta-



Retrato del Caballero Enrique Angelini, Cónsul de México en Roma.

ción marcaba el medio día, eran las doce y teníamos que partir; ya todos estaban listos en el tren y la máquina silbaba; á la voz de *pasajeros al tren* que se escuchaba, un murmullo que todo lo confundía, se oía por todas partes. Cerraban las ventanillas los empleados, pues ya sabrá el lector que en todos los ferrocarriles europeos, la entrada de todos los wagones sea de primera, de segunda ó de tercera, es por los lados laterales y todos están divididos en tres departamentos, así es que ya para partir, un empleado con gran precisión y violentamente, va cerrando todas las puertas, y concluida esta operación que casi es instantanea, hace una señal al conductor y se pone luego en marcha el tren; pero todavía no partiremos, pues debemos advertir, que para entrar al andén de la estación, se necesita llevar consigo el boleto respectivo. El conductor ya casi nunca vuelve á molestar al pasajero, pues ni siquiera se presenta en los wagones ó departamentos; si acaso una sola vez va y después no se le vuelve á ver, sino que al llegar á la estación ó lugar de su destino. al salir, el portero recoge el boleto y esto es suficiente.

En fin, las doce, el conductor avisa, el tren se pone en movimiento, todos deseábamos despedirnos, y sólo con los pañuelos nos dimos el último adiós y á pocos minutos, de nuestra vista desaparecía la estación, y por consiguiente, nuestros amigos y compañeros; y á poco aun la ciudad de Roma, que nos había dado alojamiento por trece días, los que sin sentir se habían deslizado cual un ligero suspiro.

A las pocas horas nos encontrábamos en *Foligno* estación donde teníamos que transbordar, y donde tiene que hacerlo todo el que quiera conocer la hermosa tierra do estuviera *Francisco de Asis*. Operación fué ésta bastante violenta, y seguimos luego para esta población donde á las cuatro y veinte minutos de la tarde nos encontrábamos en el andén de la estación.

No teníamos que apurarnos por nada, ni buscar alojamiento, ni modo de conducirnos á la población; nada absolutamente, sólo sí, que andar listos siguiendo al Illmo. Sr. Obispo Fierro, quien solícito y empeñoso siempre en todo, arreglaba todas las cosas. Así es, que los coches al momento estuvieron listos, y colocándonos de cuatro

en cuatro en cada uno de ellos, emprendimos el camino hacia la población. Un cuarto de hora poco más ó menos emplearíamos en llegar al *Hotel Subasio* donde nos alojamos pagando la cuota de cinco liras y diez céntimos por persona, más una lira al cochero por conducirnos. Sólo empleamos el tiempo necesario para tomar nuestros cuartos y asearnos un poco, pues es de advertir, que el señor Obispo es muy activo y solícito, por lo mismo necesitábamos estar todos siempre pendientes y ocurrir sin dilación á la hora que nos citaba para poder ver todo lo que se pudiese. Así es que luego nos dirigimos al templo de *San Francisco* que es una suntuosa basílica, enriquecida con varias reliquias insignes, contando entre ellas muchas que pertenecieron á este gran santo, tales como el cordón, un hábito, un breviario y otras por el estilo.

Como ya era una hora avanzada del día, nos contentamos solamente con esto, retirándonos á nuestros aposentos para cumplir con el Oficio divino, y descansar un poco de las fatigas del día, señalando las seis de la mañana del día siguiente para celebrar el santo sacrificio de la misa, á fin de que

todos pudiéramos hacerlo, y á buena hora siguiéramos conociendo la población. El templo designado para esto, fué el de *Asis* lugar donde se encuentra el sepulcro de este gran patriarca.

Amaneció por fin el lunes 14 de Marzo y todos nos fuimos dirigiendo según la hora que se nos había señalado, hacia este santo templo donde en una capilla subterránea que hacia la derecha de la entrada existe, donde una vez más celebramos el sacrificio ineruento del altar, y allí nos encontramos con la tumba ó monumento que encierra los restos de San Francisco. Tiene cuatro altares colocados en los cuatro costados; por consiguiente, de cuatro en cuatro íbamos celebrando. Allí recordábamos la abnegación y penitencia del fundador de la Orden Franciscana, que tantos santos y sabios ha formado. Allí contemplábamos á Francisco, lleno de un gran amor á Dios y no menos para con sus semejantes. En fin, á serias reflexiones se prestaba todo lo que estábamos viendo.

Concluida que fué nuestra santa misa, algunos suplicamos al padre superior, nos concediera la gracia de alistarnos en el nú-

mero de los terceros de esta seráfica Orden, á lo que con gusto accedió y colocados en el altar de en frente, doblando nuestras rodillas ante la tumba veneranda del santo fundador, nos fué ceñido el éngulo y puesto el escapulario. Nos fuimos luego á desayunar y á buscar á los demás compañeros, tomando en seguida los coches que de antemano había arreglado el señor Obispo para poder conocer en poco tiempo las demás iglesias, pues en el mismo día tendríamos que retirarnos. Así es, que con una lira por persona se habían comprometido los cocheros á hacer esta operación. Nos dirigimos luego á la iglesia de *Santa Clara*, la que es bastante pequeña, pero tiene un gran tesoro de reliquias, las que debido á la amabilidad del padre capellán nos fueron enseñadas. Anexo á esta iglesia está el convento de las monjas, fundado por esta santa, las que conservan el gran tesoro de su cuerpo y que pudimos ver por una reja de hierro que comunica con la iglesia; allí también vimos la cabellera de esta santa y otras reliquias de San Francisco. Fuimos en seguida á la catedral, la que está dividida en tres naves y adornada con varios altares. A nuestra

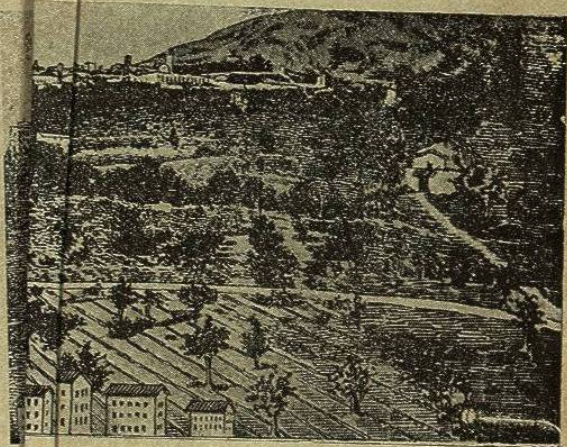
llegada un señor canónigo, cuyo nombre no pude indagar, amablemente recibió al señor obispo y á los peregrinos, y nos enseñó toda la iglesia. En la nave de en medio se encuentra el altar mayor, donde está el coro para los señores capitulares; y en los dos altares laterales, se conservan encerrados en unas preciosas urnas, los cuerpos de los santos mártires *Vidal, Rufino y Victorino*. En la nave de la derecha á la entrada, se encuentra uno con una pila bautismal, donde regenerados fueron San Francisco, Santa Clara y su hermana Santa Inés. Un poco más adelante está una pieza bien decorada, limpia y espaciosa que sirve de sacristía; casi una hora permanecimos en esta magnífica iglesia; estando ya satisfecho el señor obispo, dió las gracias debidas al señor capitular que tan fino y amable se había presentado, y nos retiramos para ir á conocer la iglesia de *San Damián*. Parece increíble la velocidad con que el tiempo ha transcurrido; eran ya casi las doce y nos dirigimos al hotel para tomar alimento, no sin haber comprado antes algunos recuerdos de este célebre lugar, pues en frente del hotel donde estábamos posados, se encuen-

tra una casa donde varios objetos religiosos se expenden.

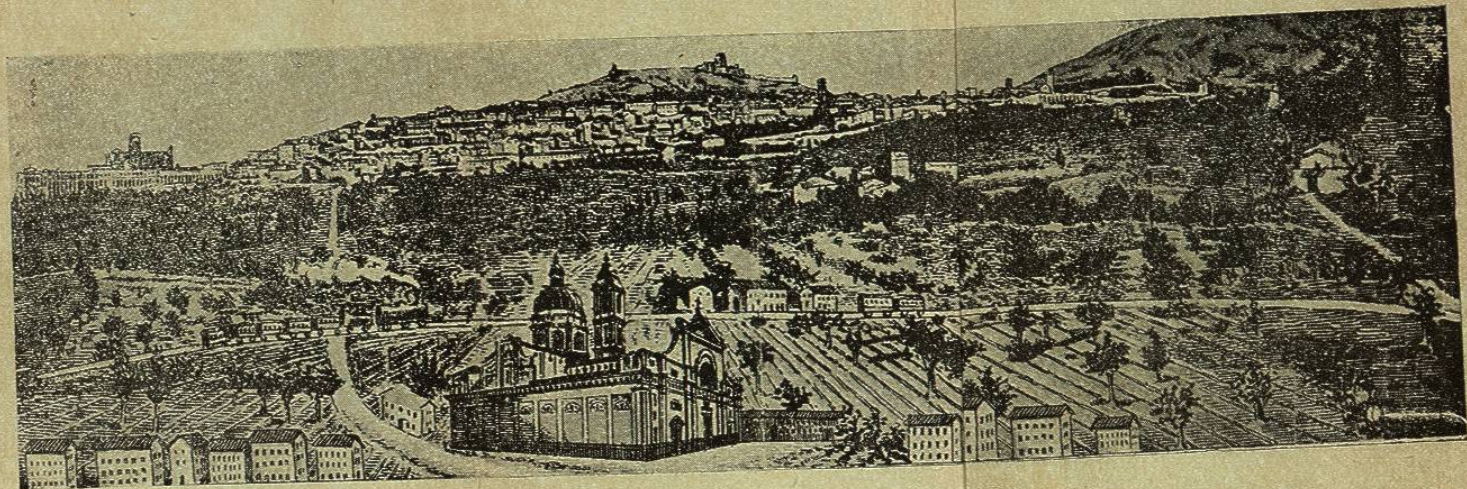
La mesa estaba dispuesta y todos fuimos tomando nuestros asientos, después que el señor obispo se colocó donde le correspondía. Activos, diligentes y serviciales eran nuestros meseros; mucha limpieza se notaba en todas partes y digno de recomendación es el propietario y el hotel. Sin dilación alguna comenzaron á servir los manjares, y todos con sumo gusto y llenos de alegría los tomábamos aunque con alguna prontitud, porque teníamos el pendiente de ir á conocer y visitar la famosa iglesia de *Poreiúncula*, que se encuentra situada al lado opuesto de la población, al otro lado de la estación del ferrocarril. Hay que advertir, que la población llamada de *Asis*, se encuentra situada en una loma ó altura un poco regular, á donde hay que subir con algún trabajo, y en la que los animales tienen que caminar con alguna lentitud para poder llegar, bien que el camino es pintoresco y luego se nota su fertilidad; se encuentran varios árboles que lo amenizan y lo hacen delicioso; en una palabra, todo aquello es pintoresco y encantador, sus habitan-

tes sencillos y hospitalarios, respetuosos y cristianos, pues pudimos averiguar que tienen la feliz suerte de no abrigar en su seno personas incorporadas ó que pertenecan á alguna secta disidente, de lo cual, se glorían con justa razón. Llamábamos sí la atención, pero era por el número respetable de peregrinos y también por nuestro idioma, pues muy pocos ó casi ninguno nos entendía. Pasábamos por españoles en todas partes y sin que nadie nos preguntara, nos tomaban por hijos de aquella nación.

Concluida nuestra comida y cubierta la cantidad que adeudábamos al dueño del hotel, en dos coches tomamos nuestro asiento y nos dirigimos á la iglesia de Poreñeula. Atravesamos el camino del ferrocarril y á poco andar, se presentaba á nuestra vista la hermosa Basílica de Santa María de los Angeles.



is. bria.



Panorama de Santa María de los Angeles y de Asis-bría.